

ROBERT B. SILVERS

Cofundador y Editor de The New York Review of Books

BUSCAMOS LITERATURA CON LUZ PROPIA, LA BELLEZA DE LA ESCRITURA

The New York Review of Books es la revista de libros más importante del mundo y Robert Silvers es su profeta.

No ejerce ese poder como un magnate, ni como un arrogante editor, ni como el artífice de un imperio del gusto literario; en realidad, lo ejerce como un lector, curioso hasta la extenuación, interesado por todos los asuntos que su revista, que ya tiene casi medio siglo, aborda cada mes, en su versión de papel y en su desarrollo en la Red. Él le presta atención a las dos partes de esa misma cabeza, la digital y la impresa, acaso porque su mente, que nace de este mundo de blanco y negro del que parten la escritura y su generación, se ha adaptado en seguida a un nuevo desafío.

No lo aborda con miedo o con estupefacción, sino con naturalidad. Cree que en algún momento Gutenberg y lo cibernético van a coexistir en un espacio cultural en el que crezca la comprensión mutua entre lo llamado viejo, que fue nuevo, y lo llamado nuevo, que en algún momento será viejo también.

Una conversación con este hombre fascina no solo porque haya tras él una experiencia que lo hace legendario, como a su revista, sino porque mantiene esa curiosidad que expresa *The New York Review of Books* con la pasión con que debió poner en marcha este proyecto. Desde su inicio, *The New York Review of Books* hizo de la independencia (respecto a los autores y a los editores) su caballo de batalla intelectual; y es que no podía ser de otra manera. La aventura comenzó, precisamente, a raíz de un artículo que, como editor de *Harper's Magazine*, Silvers le publicó a la escritora Elizabeth Hardwick en 1959. El artículo trataba sobre el declive de la crítica literaria en América, especialmente, en *The New York Times*. La explosión que provocó

ese artículo marcó la marcha de Silvers de *Harper's Magazine*, pero sobre todo marcó la fundación y la historia de *The New York Review of Books*. Como si el artículo constituyera una especie de libro de estilo del que fueron conscientes muy pronto editores y autores, que miran con temor (tanto unos como otros) lo que la revista va a decir de ellos, aún hoy es punto de referencia para entender por qué *The New York Review of Books* tira 140.000 ejemplares en un mundo en el que no solo las revistas literarias están ensayando su despedida de los quioscos. Esa actitud, independiente y segura de sí misma, se respira hablando con Silvers, y es un síntoma de salud que recorre no solo las páginas de la revista, sino que contamina, en el mejor sentido de la palabra, el ejercicio de la crítica de libros en la prensa norteamericana.

Elena Ochoa Foster, la editora de este libro, quería que Robert Silvers estuviera en la lista de los grandes editores del mundo. Robert, a quien todos llaman Robert, es un hombre que organiza el gusto de los demás desde una publicación cuyo prestigio ha sido ganado a partir de una convicción, la independencia, y desde una actitud que combina entusiasmo y rigor. Al verlo de frente, en su oficina de Nueva York, rodeado de sus jóvenes colaboradores, junto a la biblioteca que fue de su compañera de aventura, Barbara Epstein, ya fallecida, seleccionando textos de los más diversos autores y de las más variadas disciplinas, desde la poesía a la economía y a las ciencias, y al escucharle, entusiasmado y exigente, riguroso, sencillo y sensato, entendí por qué la editora de Ivorypress puso tanta insistencia en que Robert acompañara a Gallimard, a Feltrinelli, a Mayer y a los otros editores en este libro sobre el momento que vive la cultura del libro, impulsada por el cambio y también por la necesidad de abordarlo sin romper la esencia que encierra la pasión de leer. Robert es un hombre que, a sus ochenta y un años, mantiene una energía que nace del entusiasmo, y ese entusiasmo le lleva a creer en el mañana del libro (de la lectura, de la organización de la vida a partir del hábito de leer)

como esencia del futuro de la civilización, de una manera de vivir que sin los libros hubiera sido peor y sería seguramente catastrófica. Sobre su mesa, una manzana aún intacta espera encontrarse con su hambre de media tarde; ante él, los jóvenes que le ayudan a convertir la revista, cada mes, en un caleidoscopio al que se teme porque se respeta, y en un medio de comunicación cuya raíz clásica no le ha impedido acelerar su apuesta por las nuevas tecnologías que él aborda con la misma dedicación que los jóvenes que le ayudan, aunque son éstos, sobre todo, los que han hecho con él que *The New York Review of Books* sea también un potente elemento bibliográfico en la Red. Pero todo esto tuvo un principio. Al hacerle la primera pregunta, precisamente sobre los comienzos de *The New York Review of Books*, Robert inició un travelín que es, en definitiva, la biografía personal de la revista que ha sido calificada como “el banco de memoria de la vida intelectual americana”. Imposible, además, no preguntarle sobre la actualidad, a la que se refiere como si le estuviera quemando.

¿Cómo empezó todo?
¿Cuánto tiempo tenemos?

El que usted quiera.

Toda mi experiencia en *The New York Review of Books* ha sido un privilegio. Tenga en cuenta que la pusimos en marcha sin ningún dinero y durante una gran huelga periodística, la huelga de los impresores, que perjudicó a *The New York Times*, en 1963. Me llamó mi amigo Jason Epstein y me dijo: “Éste es un momento histórico para lanzar una revista sobre libros, ¿no te das cuenta? No sale *The New York Times*, y los editores se están volviendo locos, porque los libros salen de las imprentas y no existe un lugar donde se pueda hacer verdadera crítica literaria. Si diseñamos una buena maqueta con una lista tentativa de críticos y hacemos con ello una buena revista, no habrá un editor que se niegue a comprar una página de publicidad”. La situación de partida era la siguiente: Yo era editor de *Harper’s Magazine*. Creé una edición especial sobre literatura americana y encargué a la gran ensayista Elizabeth Hardwick un artículo sobre crítica literaria. Se tituló “El declive de la crítica literaria”. En su opinión, la entonces dominante sección de crítica de libros de *The New York Times* era triste, mediocre y escasa precisamente de esa calidad literaria que ella reclamaba para la crítica. Creó polémica porque los libros de *Harper’s* eran publicados por Harper’s Publishers, quienes precisamente necesitaban buenas críticas como también *The New York Times*. Así que Cass Canfield, entonces director de la editorial y un gran hombre, tuvo que escribir un artículo en *Harper’s Magazine* pidiendo disculpas y asegurando que la crítica

literaria de *The New York Times* era del máximo nivel. Elizabeth Hardwick no tardó en responder: “El Sr. Canfield habla como si representara al lector común, y la verdad es que no encuentro ninguna razón para confiar a estas alturas en el lector común”. De repente, mi ilusión de poner en marcha una revista de libros se enfrentaba a la realidad de no poder contar ya con publicidad. Así que cuando me llamó Jason Epstein vivíamos en esa situación, era preciso hacer una revista de libros, salía a nuestro encuentro esta posibilidad. De modo que nos reunimos con su mujer, Barbara Epstein, y mire, está viendo su biblioteca aquí mismo... Ésa es nuestra historia, así comenzamos. Hasta hoy.

Una larga historia juntos. No es habitual tanta constancia.

Barbara falleció hace seis años. Fuimos socios desde 1963 y se unió a nosotros Elizabeth Hardwick, la escritora del polémico artículo. El primer número lo montamos sin grandes medios, entre amigos que escribían los artículos, no teníamos dinero para adelantos, llamábamos a los críticos que admirábamos. Cuando le conté al editor jefe de *Harper's* la idea de poner en marcha la revista, y tras pedirle un permiso temporal me contestó: “¡Fantástico! Vas a vivir una gran experiencia y estarás de vuelta en un mes”. Encontramos una imprenta que aceptó el proyecto basándose en nuestros contratos con los editores, pero nos exigía una garantía bancaria para los contratos. Finalmente la conseguimos, lanzamos el primer número y agotamos la tirada. ¡Cien mil ejemplares! En el primer número estaban Susan Sontag, Gore Vidal, James Baldwin, Jason Epstein, W.H. Auden, Norman Mailer, Robert Lowell, Barbara Probst Solomon, Robert Penn Warren, Mary McCarthy...

Un éxito. Pero había que seguir. El profeta que le dijo que en un mes volvería le estaría esperando...

Nos propusimos crear un periódico y conseguimos los fondos. Jason

Epstein —padre de la idea— diseñó el modelo de financiación. Las acciones tipo A eran para nuestro pequeño grupo de emprendedores, los Lowell, los Epstein y yo mismo. Las acciones tipo B eran para la gente que ponía el dinero, pero las acciones A conservaban el derecho de nombrar al editor y decidir los contenidos del periódico. Las acciones B otorgaban el derecho a cualquier beneficio si decidíamos vender. En otras palabras, podíamos publicar lo que nos apeteciese mientras pagáramos las facturas. En la mayoría de las publicaciones hay un dueño o un representante que toma las decisiones, luego está el editor con una supuesta libertad de acción limitada para lo que el dueño considere correcto. Nosotros no teníamos esa limitación, éramos totalmente libres, a cambio, no había excusas frente al fracaso. Entonces, en 1986 apareció Rea Herderman, cuya familia tenía periódicos en Jackson. Nos hizo una oferta muy generosa para comprar el periódico respetando nuestra libertad de acción. Tras meses de conversaciones decidimos vender y hasta hoy ha cumplido con su palabra. Barbara y yo tuvimos libertad total sin ninguna restricción.

Ésa sería, pues, la clave de la supervivencia. En un mundo donde el destino de las revistas literarias es desaparecer, ustedes crearon un marco para permanecer siendo libres de decir lo que quisieran...

Por eso le doy tanta importancia a la relación entre el director ejecutivo y el editor, es muy raro que un editor tenga total libertad. Esto significa que hemos podido meternos con la gente de Castro, el Shah, Allende o Chávez sin interferencia alguna. Cuando supimos que un periodista fue expulsado de Venezuela por un artículo que había publicado, nosotros encargamos un ensayo sobre la supresión de la libertad de prensa en la aparentemente libre Venezuela de Chávez. Así que, ya sea de izquierdas o derechas, republicano o demócrata, fascista o comunista, musulmán o judío, somos libres de criticar a cualquiera, incluyendo a Israel o a Arabia Saudí.

Y esto incluye también al Presidente de Estados Unidos, Barack Obama. ¡Por supuesto! En nuestro último número publicamos un extenso artículo sobre el fracaso de la administración de Obama y el problema de la deuda que implica al Tea Party, a los republicanos moderados y a los demócratas. La verdad es que nos parece todo muy descabellado. Sí, somos libres para escribir sobre esto y también podemos dedicar amplios artículos a poetas desconocidos, novelistas, investigadores y temas literarios no populares, por la única razón de que esos poetas o escritores nos parezcan interesantes. Barbara y yo leíamos los libros, y yo los sigo leyendo, y juzgamos a los autores en función de lo que más admiramos: la belleza de la escritura, la calidad de la prosa... Ése es el elemento determinante, la belleza, la calidad. No nos guía otro compromiso.

Y rechazan lo contrario.

Rechazamos la prosa aburrida, pedante y carente de imaginación. Buscamos literatura con luz propia, compleja. También nos ocupamos de los libros importantes de cada temporada. Fíjese, ésta es la única nota editorial, el único comentario sobre nuestros propósitos, que publicamos en nuestra larga historia, y está al principio del número uno. Jamás publicamos otros, han servido para siempre y son aún muy importantes... Comienza diciendo: "*The New York Review of Books* presenta críticas de algunos de los más interesantes e importantes libros publicados este invierno. Sin embargo, no intenta tan solo llenar el vacío creado por la huelga de los impresores en Nueva York, sino que afronta la oportunidad que el paro representa para publicar la clase de periódico literario que los editores y colaboradores sienten que se necesita en América". Y continuamos, en ese único editorial que hemos publicado en medio siglo: "Este ejemplar de *The New York Review of Books* no pretende ocuparse de todos los libros de la temporada, ni tan siquiera de aquéllos que sean los más importantes. Tampoco dedicamos tiempo ni recursos para cubrir libros de intenciones triviales

o consecuencias banales excepto de vez en cuando para desinflar alguna reputación o llamar la atención sobre un fraude”.

Ésta es exactamente la actitud que cualquier editor debería tener en su publicación.

Generalmente, los editores tienen una lista que popularizar y apoyan los libros con tirón, ésa es su tarea y eso constituye la esencia de su oficio. Pero nosotros no tenemos esos compromisos. Nosotros no queremos seguir a los editores en sus propósitos. La pregunta que nos hacemos cada vez que montamos un número es: ¿Dónde está el límite?

Exactamente. ¿Hasta qué punto ustedes se tienen que traicionar, dónde se ponen el límite de su exigencia?

The New York Review of Books tuvo y tiene mucha suerte; en los primeros cinco años conseguimos pequeños beneficios, pero sobre todo logramos vender periódicos. Ésta es la clave, si la gente compra tu periódico, la supervivencia está garantizada, y entonces no tienes límite alguno en tu independencia de criterio.

¿Cuál es la esencia de su trabajo? ¿Qué marca lo que hace?

Sin duda, la admiración hacia algunos escritores. Siempre tengo en la cabeza una lista de escritores que me gustaría que escribiesen para nosotros. No tenemos ningún escritor en nómina, nadie cobra por escribir para nosotros de forma continuada. *The New Yorker* tiene entre cincuenta y cien escritores en nómina, *Times*, *Newsweek*... todos tienen escritores fijos. Nosotros pagamos por artículo a escritores a los que admiramos, gente como Daniel Mendelson, Diane Johnson, Edmund White, entre otros. Cada artículo se genera por diferentes razones, pero la clave es la admiración que nos produce su obra.

En el número de julio de 2011 apareció un artículo sobre Susan Sontag, un texto muy emotivo. David Bromwich escribió sobre los problemas

de Obama, también estaban James Fenton y James McPherson, y, como siempre, ciencia, arte, literatura... Ustedes vienen de una decisión muy concreta: la exigencia, y la marcó un artículo sobre el declive de la crítica en Estados Unidos a principios de los años sesenta del siglo pasado. ¿Qué cree que le hubiera parecido este número a Elizabeth Hardwick?

Pues la verdad, creo que el número le hubiera parecido muy vivo, con calidad literaria. En este número hay también un trabajo de ficción de un escritor brillante, hay una crítica y un ensayo sobre psiquiatría, otro que trata de Broadway y uno que versa sobre Manet. En cada número intentamos incluir ficción contemporánea, poesía, política, arte, ciencia, biología, física, economía, historia... Cada artículo es crítico desde un punto de vista filosófico e intelectual. Esto es clave, le hemos dedicado tanta atención a la ciencia como a cualquier otro de nuestros temas. No es fácil escribir de forma atractiva sobre la ciencia, es un reto importante para nosotros, no podemos limitarnos, debemos cubrir el amplio espectro de la experiencia humana.

Además de creatividad y entusiasmo, para estar al frente de una revista como ésta se requiere tener en la cabeza una combinación de periodista y editor, ¿verdad?

Sí, si uno afronta los intereses intelectuales que tienen que ver con el mundo actual. El punto de partida es que no hay nada que no podamos cubrir, como por ejemplo: estrategias de gobierno, conceptos nuevos como la nanotecnología, China y su cultura, poder, política, Oriente Medio, Estados Unidos como poder que se enfrenta a problemas gigantescos, algunos no reconocidos. Un país gobernado políticamente por el Tea Party, evangélicos, racistas, gente a la que no le gusta Obama porque es negro. Toda esta gente está anclando este país. Y para afrontar todo eso uno tiene que utilizar el olfato del periodista y la exigencia del editor.

Desde la guerra de Vietnam, usted y la revista han estado muy comprometidos con el análisis de la política norteamericana y mundial. Nos sentimos obligados a denunciar cualquier imposición de poder ilegítimo a un pueblo. Al principio nadie lo llamaba derechos humanos, pero nuestro enfoque era el mismo, donde hubiera dictadores oprimiendo al pueblo llano nos tocaba evidenciarlo. Ésta es nuestra responsabilidad, y arranca de ese tiempo, de cuando muy pocos hablaban de los derechos humanos.

Volvamos a Elizabeth Hardwick, cuyo artículo sobre el declive de la crítica literaria desató las iras de su jefe en *Harper's* y, por supuesto, inquietud en *The New York Times*, hacia el que iban dirigidos los dardos. Ella escribió: "En todas partes se ven recomendaciones bobas y blandas, reina en el ambiente una actitud lobotomizada y cómoda. Al final, una lista de ventas da la misma información que la mayoría de críticas que aparecen semanalmente". Y esto lo publicó en 1959 en *Harper's*. Luego ha seguido pasando lo mismo, en unos sitios y en otros, aunque ustedes, y otras revistas, sin duda, han intentado salir de esa corriente. Pero, dígame, ¿cómo se las arreglaron para resistir la presión de editores y autores?

Ellos saben que somos independientes, lo han sabido siempre, y saben también dónde busca la gente opinión para comprar sus lecturas. Si se fija en nuestra publicidad verá que una buena parte de los anuncios proviene de las editoriales universitarias, como la de Princeton. Podemos hacer críticas de sus libros o no, pero Princeton sabe muy bien que sus lectores coinciden con los de *The New York Review of Books*. Y eso lo saben también las editoriales generales, que se anuncian menos. Pero, sobre todo, vivimos de esa publicidad que viene de las universidades.

¡Qué milagro!

Sí, un milagro debido en parte a que las universidades americanas

tienen sus propias editoriales. Creen que una universidad no está completa sin su propia editorial. Es parte de su atractivo y es una de las razones por las que captan interesantes investigadores. Estas editoriales han lanzado muchos libros. ¿Dónde los pueden publicar? Desde luego no pagando 25.000 dólares por página en *The New York Times Book Review*. *The New York Review of Books* tiene una tirada de 140.000 ejemplares. La mayoría de los compradores leen nuestras críticas, así que las editoriales universitarias nos contratan publicidad. A su vez, debemos estar al día en arte, historia, ciencia, la Eurozona... Siempre tenemos el siguiente número en la cabeza. Barbara y yo lo teníamos claro, no hay que pensar tanto en los lectores como gente a la que satisfacer. Hay que hacer lo que te gratifica, eso es lo que importa.

¿Ni siquiera importan los escritores?

Ni siquiera ellos.

¿Qué tipo de relación tiene usted con los escritores que colaboran con la revista?

Es complicado. Con algunos tengo una relación distante, un tercio está en Inglaterra u otros lugares. A algunos ni siquiera los conozco personalmente. Otros, sin embargo, son amigos, como lo era Susan Sontag, desde antes de que empezáramos a colaborar. Los escritores del primer número eran todos amigos. Lo que hacemos es enviarles un libro con una carta y esperar que acepten el trabajo, que se sientan empujados a hacerlo lo mejor posible, que no nos envíen una crítica trivial.

Solemos hablar del libro y del tema. Les digo que el libro es solo una parte, es el tema lo que requiere toda nuestra atención. Por ejemplo, para un libro sobre nuestra guerra civil quiero un especialista para hacer la crítica, pero también un escritor que trate el tema más amplio en el que se basa el libro. No se trata solo de una crítica del libro, sino de entrar en los temas históricos, filosóficos y sociológicos.

Queremos su visión. Les damos libertad para que traten el tema del libro ampliamente, aportar sus ideas, intervenir. Hay quien piensa que la crítica literaria debe ser objetiva, no estoy de acuerdo.

Usted es una persona fuerte, puede ser por las ideas compartidas con Barbara, Jason y Elizabeth. Volviendo al artículo de Elizabeth Hardwick, ¿cree que ese declive, que describía ella entonces, sigue siendo todavía real?

Sí, con alguna excepción, esto es aún un problema. Entiendo que *The New York Times* trata sobre una gran amplitud de temas, autores y libros, y por ello es muy difícil contar con los mejores críticos literarios. Se ven a sí mismos como proveedores de servicios a un amplio espectro de lectores. La mayoría de las secciones de crítica literaria van desapareciendo. Ya no existe la sección de crítica literaria en *Los Angeles Times* o en *Chicago Tribune*. Estas secciones se han ido eliminando como consecuencia de que cada vez más los periódicos se leen en el ordenador. Realmente, éste es un tema clave para nosotros. Google, Kindle, Amazon. El futuro del libro es una cuestión cultural de máximo nivel. ¿Hasta qué punto existe todavía el libro? Amenazas, monopolios, riesgos comerciales... Los libros de Google hacen dinero con la publicidad que incorporan. Ésta es una de las cuestiones en las que más incidimos: Google y la privacidad, el hecho de experimentar la lectura de un libro a través de una pantalla, cómo se aprecian los textos, la conectividad de los libros. Podríamos publicar varios libros sobre este tema. De hecho, hemos escrito un extenso artículo sobre Google.

¿Y cuál es el futuro de la publicación de libros? En una conferencia que usted ofreció sobre el tema hablaba de la obsolescencia del invento de Gutenberg, pero también de la falta de análisis acerca del futuro de las nuevas tecnologías.

Los avances tecnológicos tienen mucho encanto, toda una generación

de jóvenes ha descubierto su rapidez y capacidad de conexión social. Se trata de un enorme cambio de preferencias, mentalidades y atractivo de lo que pasa por tu cabeza. Ahora lo visualizas todo en una pantalla. Nosotros recordamos el Quijote como un libro y nos vemos a nosotros mismos leyéndolo en un libro. Para estos jóvenes, el Quijote sale de una pantalla. Tenemos que entender lo que esto significa en términos de apreciación y análisis crítico. Creo que estas cuestiones necesitan una perspectiva amplia desde un punto de vista histórico, estético y social. Escribimos artículos sobre este tema, y aunque se trata de una ola gigante y somos nadadores solitarios, aun así tenemos que hacerlo, hay que nadar. Hay aspectos positivos. ¿Hasta qué punto se asimila de las pantallas la información, experiencia e imaginación que puede absorberse de un libro? No creo que estemos perdiendo el sentido de la calidad por un exceso de información, pero cómo ésta afecta a nuestras mentalidades es una pregunta a la que no se ha prestado demasiada atención.

¿Y cuál sería la implicación para la industria de la falta de intermediación, la desaparición de las librerías, de los editores?

Se ha escrito mucho sobre este asunto. Hubo un acuerdo entre Google, los autores y su sindicato. Pondrían en Internet todos los libros libres de derechos y los libros “huérfanos” que sí tienen derechos pero cuyos beneficiarios se desconocen, e hicieron un acuerdo con los editores para pagar por estos derechos. Pero los jueces lo impidieron porque se estaban apropiando de los libros “huérfanos” sin permiso. Todo está ahora en entredicho. Los jueces quieren que la Biblioteca del Congreso junto con la Biblioteca de Nueva York y otras diez bibliotecas más digitalicen estos libros y dediquen parte de sus fondos a los derechos que generan. Hemos publicado todo esto en *The New York Times Book Review*. Y me pregunto: ¿Qué va a pasar con los derechos digitales de los libros pasados?

¿Cree que el libro tal como lo conocemos y el libro del futuro, el libro digital, van a coexistir pacíficamente?

Sí, creo que esta generación de lectores de pantallas no es tan grande, en unos veinte años se llegará al punto de inflexión.

Al principio de la crisis de los periódicos hice una serie sobre los editores de estas publicaciones, el futuro de Internet y los periódicos mismos. Ben Bradlee, el mítico director de *The Washington Post*, me comentó en 2008: “Ése es el futuro, pero tengo la suerte de que no estaré para verlo”. ¿Usted cómo se siente ante el futuro?

Siento el futuro como una amenaza, es excitante y abierto, estamos publicando libros digitales y dando nueva vida a estas publicaciones. Así me siento, con un pie en el pasado pero contento de afrontar el futuro. Estoy en él, la revista está en él. ¿No ha entrado usted en nuestra web?

Peter Meyer me pidió que le preguntara: ¿Cómo cree que van a descubrirse los nuevos libros en el futuro, cuando no haya librerías o librereros, o cuando escaseen lugares como su revista para esperar que alguien nos recomiende algo nuevo que salga y que no disfrute de la potencia de los grandes lanzamientos?

Estamos en ello. Revisamos muchos libros desconocidos. Hay páginas literarias especializadas en esto y algunas personas se han convertido en adictas a este tema. Me puedo imaginar una página web dirigida por Peter Meyer titulada “Descubrimientos”.

En una conferencia que usted dio sobre el futuro de la cultura y de las nuevas tecnologías mencionó a Rupert Murdoch, que es un hombre muy influyente en la cultura anglosajona y en la del mundo entero. Decía usted que cuando este magnate tan notorio llegó a *New York Post* era muy de derechas y bastante vulgar.

Sí, implacable y explotador, fijese en la gran historia de Dominique

Strauss Khan y su caso en Estados Unidos. *New York Post* lo presentó como un villano, un gordo francés que ataca a una empleada, un monstruo, sobre todo un francés monstruoso. De repente publican una portada con su foto y el subtítulo “Pervertido”, y luego resulta que el Fiscal de Distrito dice que la empleada estaba mintiendo. Entonces, *New York Post* publica una portada con la foto de ella y el subtítulo “Putá”. Así es el *Post*. Harán cualquier cosa para atraer al lector y sorprenderle e interesarle. Ésta es su fórmula. Murdoch es un gran superviviente, creo que habrá una gran polémica y él sobrevivirá.

¿No es esto una metáfora de la cultura actual?

Vivimos una época en la que los medios masivos son mas rentables y poderosos, sobre todo la televisión. Porque la televisión es todavía América. Abrazan el mal gusto porque a mucha gente le interesa el sexo, en su sentido más popular.

BIBLIOTECA PERSONAL

1. Shakespeare, William: *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 2003
2. Eliot, T. S.: *Poesías reunidas 1909–1962*, Madrid, Alianza Editorial, 2006
3. Auden, W. H.: *Poemas*, Madrid, Visor Libros, 2011
4. Montaigne, Michel de: *Los ensayos: según la edición de 1595 de Marie de Gournay*, Barcelona, El Acanalado, 2011
5. Las novelas y los cuentos de Henry James
6. La novelas y los cuentos de Joseph Conrad
7. Los poemas de John Ashbery
8. Las novelas y los cuentos de William Faulkner
9. Roth, Joseph: *La marcha de Radetzky*, Barcelona, Edhasa, 2005
10. Donne, John: *Obra poética completa*, Barcelona, Ediciones 29, 1985